

do más perdida que la nuestra, que siente nostalgia de una respuesta detrás de la cual no haya ninguna otra. La tentación de ofrecérsela está demasiado al alcance; a pesar de todo, quien te quiere no puede honestamente ofrecértela, sólo ponerte en camino de buscarla.

Andaba buscando en el arcón de Milani, cuando encontré la única posibilidad de evitar la coacción inevitable que lleva consigo la educación entre un adulto y otro que no lo es; la educación iniciática, que permite, sin violar la autonomía del discípulo, ponerle a las puertas del laberinto del que tendrá que salir él sólo. Esto es posible exclusiva-

mente si se cae en la cuenta del tesoro que tiene que ofrecerte el que te mira desconfiado en el pupitre de enfrente. Por ello propuse a los personalistas, que saben de esto lo que al principio no estaba seguro. Después me convencí que don Milani y Martin Buber hablan el mismo idioma cuando leí en el primero "Yo no tenía riquezas. Ellos eran los que rebosaban y nadie lo sabía" lo que ya sabía del otro: "el tú nunca es decepción". Y algo parecido dicen Paulo Freire, Andrés Manjón, Giner de los Ríos y los otros "maestros" de los que ha publicado la correspondiente biografía la Fundación Mounier. Maestros prestos a preguntar, que se resisten a responder. Como Milani, todavía.



## 3. TESTIMONIO 40 AÑOS DESPUÉS

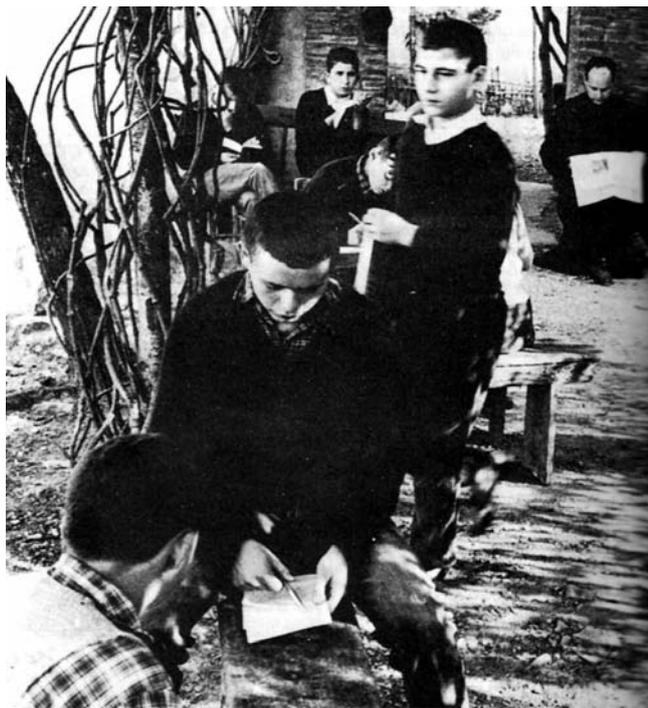
**Alfonso Díez Prieto**  
es el presidente actual del Grupo Milani

El 26 de junio de 1967 moría el maestro y cura de Barbiana, una pequeña aldea de pobres y desperdigadas casas, escondidas en el Valle del Mugello de la Toscana italiana.

En junio de 1987 -a los veinte años de su muerte- cuando la distancia temporal era todavía escasa para profundas valoraciones sobre su obra e influencia pedagógicas, escribí un artículo conmemorativo titulado *Lorenzo Milani, maestro maldito*. Fue publicado en la prensa de Salamanca, en una

revista educativa nacional y en el número 22 de nuestro Boletín, que ahora alcanza la rotunda y simbólica cifra de los 100 números. ¡Benditos sean!

Veinticinco años (1982-2007) escribiendo con pasión unas veces, con terrible esfuerzo otras, con ganas o sin ellas, con aciertos y con errores, con humor, con obstinación, con esperanza, a contracorriente... y, siempre, con buena voluntad, sobre la escuela, la educación, los alumnos, los docentes, los pedagogos y los psicólogos, los padres y las



madres, los jóvenes, los gobernantes, la política, los sindicatos, las guerras, el terrorismo, la religión, las leyes educativas, la diversidad, los medios de comunicación, la economía, el arte y la creatividad, el fracaso escolar, la disciplina, la motivación, la convivencia, la violencia escolar, la FP, el trabajo, el paro, las diversiones, el aburrimiento, la TV, el cine, las drogas, la garantía social, el consumismo, la ética, los valores, etc. etc. En fin, una larga y fecunda carta, también colectiva, cuyos redactores –como los jóvenes autores de *Carta a una maestra*– somos, igualmente, sus destinatarios, junto a nuestras familias, amigos, enemigos, colegas, compañeros, camaradas, vecinos, paisanos, parroquianos, conciudadanos, inmigrantes, extranjeros...

Ahora, otros veinte años más tarde, entrado en los cincuenta, me *interno*, para ver qué se dice o hace por Italia a propósito de dicho aniversario, en una tupida jungla de innumerables documentos, noticias y actos, pero retorno abrumado a mis carpetas y busco febrilmente aquel artículo salvador que escribí con la ilusión y la sinceridad del joven convencido. Lo extraigo con especial cuidado de entre muchos otros –papel amarillento y frágil– y lo contemplo con inevitable añoranza, intentando, inútilmente, recuperar la frescura de su mensaje, no para ilustrarme, sino para sorber, aunque sólo sea en parte y para la ocasión, lo que pueda quedar del entusiasmo y la esencia pedagógica con que fue escrito dos décadas antes por aquel joven maestro rural, metido ahora a sindicalista (ambos oficios muy milanianos), que me permita terminar dignamente este testimonio.

Si hace veinte años apenas quedaban en Barbiana más que recuerdos, la iglesia, su pequeña escuela aneja y su minúsculo cementerio, ahora, si cabe, la soledad es mayor. Pero lo cierto es que el interés por la persona de Lorenzo Milani y el simbolismo pedagógico de Barbiana, lejos de desaparecer, han crecido espectacularmente. Aunque *Carta a una maestra* ya no sea libro de cabecera de las nuevas promociones de maestros y maestras, ni aquí ni, seguramente, en otras partes del mundo, incluida Italia, como lo fue para muchos de nosotros en aquellos convulsos años de la transición española, lo cierto es que su denuncia sincera, su voz y sus propuestas siguen teniendo la vigencia y la influencia de los clásicos, porque como éstos, al profundizar en el alma humana, en la búsqueda de la verdad y en la interpretación de los acontecimientos, se vuelve intemporal, sobreviviendo al curso de la historia y a los cambios sociales. La *Carta* aún no cesa de reeditarse en muchos idiomas.

Para terminar, una entrañable anécdota. En un seminario de inteligencia emocional –tan en boga– que he coordinado recientemente, decidí como última sesión hacer una lectura colectiva de textos de un libro que, les dije, no habla explícitamente de pedagogía ni de psicología, ni de asertividad, autoestima, autocontrol, empatía, resiliencia, ansiedad etc, los términos frecuentes en la autoayuda; sino que habla con la ira contenida de los últimos, de los *sin voz*, de los humillados, de los excluidos de la sociedad (que con otros rostros vemos ahora deambulando o mendigando en cualquiera de nuestras calles, o moribundos y exhaustos en las playas sureñas, tras una desesperada travesía del Estrecho, escapando de la muerte y la miseria). Un libro que, sin embargo, habla de responsabilidad, compromiso, justicia, dignidad, coherencia, generosidad, compañerismo, solidaridad, amor, derechos, deberes, política, sindicatos, unión, organización, acción, arte, verdad y auténticos valores. En definitiva, de educación de la buena y, sin mencionarlas, de asertividad y autoestima en grandes dosis. A ver, si no, cómo pudieron escribir una carta tan extraordinaria, clarividente, repleta de gran belleza, por intensidad y verdad.

La lectura fue dramatizándose cada vez más y mejor, mientras el silencio reinaba en el aula y la emoción nos embargaba a todos. ¡Estábamos leyendo, unos por primera vez, otros por enésima, nada más ni nada menos que *Carta a una maestra*! Quince docentes –maestros y maestras, profesoras y profesores– en corro en el aula de un instituto salmantino 40 años después de haberse escrito. No es malo el final, ¿eh? ■